

8. CORAZÓN DE JESÚS HORNO ARDIENTE DE CARIDAD

Cor Iesu, fornax ardens caritatis

P. Javier Ibarra, Sacerdote argentino
Misionero en Estados Unidos de América

Nos cuenta Santa Margarita María de Alacoque, que un día el Señor le pidió su corazón. Una vez ofrecido, lo tomó el Señor y lo puso dentro del suyo, en el que se lo hizo ver como un átomo que se consumía en aquella ardiente hoguera. Lo sacó de allí convertido en una llama abrasadora, y lo volvió a poner en su pecho, diciendo: He aquí una preciosa prenda de mi amor para que te sirva de corazón y te consuma hasta el último momento de tu vida¹.

El Corazón de Jesús es, entonces, un horno ardiente de caridad. Y esta manera de presentarse el Señor a Santa Margarita no es ajena al modo de actuar que tuvo y que tiene Dios a lo largo de la historia de la salvación. Muchas veces Dios se ha manifestado a los hombres bajo el símbolo del fuego.

A Moisés se le presentó como zarza ardiente. Dice Moisés: *Voy a ver qué gran visión es ésta y por qué no se consume la zarza* (Ex 3,3). Y, así, desde la zarza ardiente Dios hizo tres cosas para con Moisés: Lo **atrajo a sí**, le reveló su **nombre** y le hizo conocer su **voluntad**.

Luego, cuando los israelitas atravesaron el desierto a su salida de Egipto, iba el Señor delante de ellos durante las noches, *como una columna de fuego* para alumbrarlos y que pudiesen marchar sin extraviarse (Ex 8,21). Así entonces Dios se mostró como **luz** y **guía**.

¹ Cf. RAMÓN J. DE MUÑANA, *Las letanías del Sagrado Corazón de Jesús*, El Mensajero del Corazón de Jesús, Bilbao 1952, p. 117.

Más adelante vemos cómo Moisés recibe los diez mandamientos mientras *todo el Sinaí humeaba, pues había descendido Yahvé en medio del fuego, y subía el humo como el humo de un horno, y toda la montaña retemblaba fuertemente* (Ex 24,17). De manera que Dios, aquí en el Sinaí, por medio del fuego, nos da su **ley** en tablas de piedra, pero también se nos manifiesta Él mismo como **grande y poderoso**, y nos inspira **un santo temor**. De hecho, le dirá más tarde a Moisés: *Has de saber desde hoy que el Señor tu Dios irá el mismo delante de ti, como fuego devorador, que destruirá a tus enemigos* (Dt 9,3).

Mencionemos también a los profetas. Daniel tuvo una visión en la que el trono de Dios llameaba como llamas de fuego. Un río de fuego procedía y salía delante de Él (Dan 7,9). El profeta Isaías, por su parte, describe al Señor Dios como un incendio violento, *cuyos labios respiran furor, y cuya lengua es como fuego devorador* (Is 30,27), descripción que nos recuerda el mismo San Pablo en la carta a los Hebreos (12,29). Es decir, Dios se revela, por medio de los profetas, como quien mueve a **vigilancia y reverencia**.

Pero recordemos, sobre todo, el misterio de Pentecostés. El Espíritu Santo se posó sobre cada uno de los Apóstoles en forma de llamas de fuego (He 2,3) ¿Qué sucedió con los Apóstoles en ese momento? Fueron fortalecidos, encendidos de fervor, como bien lo demuestra el sermón que San Pedro seguidamente pronunció, luego del cual y en ese mismo día, alrededor de tres mil personas se unieron a ellos. Eran éstas las primeras almas encendidas por el fuego del amor de Dios. De manera que aquí el fuego del Espíritu Santo se presenta como **ímpetu, fortaleza, fervor**, y también como **amor**, en cuanto principio unificador ya que tantas almas se unieron en ese momento en una misma comunión de fe. La fe en Jesucristo.

Hasta aquí entonces hemos visto la acción del fuego de Dios según se nos revela en las Escrituras. Resumiendo, podemos decir que Dios, por medio del fuego, nos presenta sus atributos y su modo de actuar: desde la zarza ardiente nos atrae, nos da su nombre y nos hace conocer su voluntad. En la columna de fuego, es nuestra luz y guía. En el monte nos inspira un santo temor, nos revela su grandeza, su poder y su ley. En las visiones de los profetas, su fuego nos inspira temor y reverencia. Y en Pentecostés, nos llena de ímpetu, fervor y fortaleza. Y nos une en su caridad.

Pues bien, todo esto y mucho más es lo que encierra el Sagrado Corazón de Jesús, horno ardiente de caridad.

Desde su Corazón ardiente, Nuestro Señor, también a nosotros, **nos atrae, nos revela su nombre y nos hace conocer su voluntad.** ¡*Venid a mí!* (Mt 11,28), nos dice, y esa es su voluntad. Así como el fuego tiene sed de un leño para encenderlo y consumirlo en su calor, así Jesús tiene sed de nuestros corazones y nos llama, desde sus llamas de amor.

Y así como desde la zarza ardiente Dios envió a Moisés en una misión de grandes pruebas y dificultades, pero al mismo tiempo, una misión de honor y bienaventuranza, así también a nosotros, el Corazón de Jesús, nos atrae², nos muestra quién es y nos envía para ser nosotros también propagadores de su amor y de su libertad, porque, es bien sabido que la misión encomendada por medio de la zarza ardiente a Moisés era una misión de amor y de liberación del pueblo elegido. Esa es la misión que el ardiente Corazón de Jesús nos encomienda a nosotros,

² «El Corazón de Jesús, el Corazón humano de Jesús, quema con el amor que lo colma. Y este es el amor al Eterno Padre y el amor a los hombres; a las hijas y los hijos adoptivos. El horno, quemando, poco a poco se apaga. El Corazón de Jesús, en cambio, es horno inextinguible. En esto se parece a la “zarza ardiente” del libro del Éxodo, en la que Dios se reveló a Moisés. Era una zarza que ardía con el fuego, pero... *no se consumía* (Ex 3,2)»; SAN JUAN PABLO II, *Angelus* (23/6/1985).

trabajar para que nuestro prójimo experimente el amor de Dios y rompa para siempre las cadenas de la esclavitud del pecado.

Desde su Corazón ardiente, Nuestro Señor, también a nosotros, nos da su **luz** y es **la guía** de nuestro caminar. Como una columna de fuego, su Corazón nos dice: *Yo soy la luz del mundo; el que me sigue, no andará en tinieblas, sino que tendrá la luz de la vida.* (Jn 8,19). De modo tal que el Corazón de Jesús no solamente nos consume con su ardor, sino también que nos ilumina. Desdichados seríamos nosotros si prefiriéramos alejarnos de esta fuente de calor y de luz, mientras caminamos en este mundo oscuro y frío.

Desde su Corazón ardiente, Nuestro Señor, también a nosotros, nos inspira el **un santo temor** y nos revela su **poder**, y ya no pone su **ley** sobre la piedra fría del Sinaí, sino sobre nuestros corazones encendidos, como ya lo había anunciado Ezequiel (11,9): *Y quitaré de su carne el corazón de piedra y les daré un corazón de carne.* No podemos ignorar los prodigios que su Corazón ha realizado en la historia. Ha hecho temblar a las naciones y no solamente al Monte Sinaí. ¡cuántas conversiones, y a cuántos pueblos ha transformado su nombre y su amor inconmensurable!

Desde su Corazón ardiente, Nuestro Señor, también a nosotros, nos habla, como al pueblo de Israel hablaban los profetas de parte de Dios. Este horno de amor nos invita **a la conversión, a la vigilancia y a la reverencia**. Con las mismas palabras de los profetas, es un Corazón que *respira furor, y cuya lengua es como fuego devorador*. No podemos entonces andar, a sabiendas, negociando con el desorden del mundo y del pecado, mientras el Corazón de Jesús nos muestra el poder de su autoridad arrolladora.

Por último, desde ese horno ardiente, Nuestro Señor, también sobre nosotros, hace descender su Espíritu en llamaradas, como en Pentecostés.

Nos da su **valentía**, nos llena de **ímpeto misionero**, de **fortaleza**, de **fervor** y de todos sus dones celestiales. Por eso invocamos al Espíritu Santo, tan a menudo y con toda la Iglesia, para que encienda en nosotros el fuego del amor de Dios³. Se trata del mismo fuego que Nuestro Señor quiere hacer arder con ansiedad sobre la tierra (Lc 12,49), y lo enciende en nosotros, para que nuestro fuego, a su vez, encienda otros fuegos, y todo sea consumido en aquel amor infinito en el cual debemos depositar todas nuestras peticiones, anhelos y esperanzas. Es el fuego de la caridad. Y como la caridad, por naturaleza, es un principio unificador, así entonces, el Corazón de Jesús tiene el ardiente deseo que todos seamos uno con Él (Jn 17,21), pues, así como el fuego une y junta en su calor y en su luz a todo cuanto consume, así también, el horno de su caridad une y junta nuestros corazones para hacerlos experimentar y vivir en el amor divino.

Que nuestros corazones, entonces, entren enteramente en el horno ardiente del Corazón de Jesús y María, para consumirse allí, en ese fuego de amor inextinguible, y que alcancemos así, el fin para el cual hemos sido creados, la unión eterna con nuestro Dios y Señor.

³ La Iglesia nos enseña: el fuego simboliza la energía transformadora de los actos del Espíritu Santo. El profeta Elías que surgió [...] como el fuego y cuya palabra abrasaba como antorcha (Sir 48,1), con su oración, atrajo el fuego del cielo sobre el sacrificio del monte Carmelo (cf. 1 Re 18,38-39), figura del fuego del Espíritu Santo que transforma lo que toca. Juan Bautista, que precede al Señor con el espíritu y el poder de Elías (Lc 1,17), anuncia a Cristo como el que bautizará en el Espíritu Santo y el fuego (Lc 3,16), Espíritu del cual Jesús dirá: He venido a traer fuego sobre la tierra y ¡cuánto desearía que ya estuviese encendido! (Lc 12,49). En forma de lenguas como de fuego se posó el Espíritu Santo sobre los discípulos la mañana de Pentecostés y los llenó de él (He 2,3-4). La tradición espiritual conservará este simbolismo del fuego como uno de los más expresivos de la acción del Espíritu Santo (cf. SAN JUAN DE LA CRUZ, *Llama de amor viva*). *No extingáis el Espíritu* (1 Te 5,19). Cf. CATECISMO DE LA IGLESIA CATÓLICA, n. 696.